



Mansilla

Autor:

Instituto de Literatura Argentina "Ricardo Rojas"

Revista:

El Matadero.

2014, vol. 8, pp. 157-180



Artículo



Mansilla

Antes de la salida

“El barco que salía para Calcuta
estaba pronto. Sólo me esperaba
a mí. Hubo que empezar
a pagarle estadías”
Entre-nos, 1888

Si el *Facundo* simbólicamente representa el tango esencial de los opositores a Rosas, Mansilla es el Gardel de la generación del '80. Para decirlo con palabras más suntuosas: si en 1845, el ensayo de Sarmiento materializa, por su economía textual y por su emergencia, la ideología programática que se enfrenta al rosismo considerándolo arcaico además de (ilegible) e inepto, la producción de Mansilla encarna a su vez, entre Caseros y la primera guerra mundial, las insignias mayores de la instalación, apogeo, límites, repliegue y agotamiento de la élite victoriana argentina.

Sarmiento y Rosas. Ambos dibujan las vertientes que aluden, contrapuestas y en yuxtaposición vertiginosamente complementarias, a la polémica más obstinada a lo largo del circuito mansillesco. Primer lateral, entonces, en esa coreografía del siglo XIX: el sanjuanino. Porque en el otro costado, el Brigadier General - “el gran tío”- se impone como ineludible obsesión que acosa a Mansilla desde 1852 hasta su muerte, en París, en 1913.

Por todo eso, conviene advertir desde ya que no se pretenden plantear aquí recuperaciones arqueológicas o anécdotas más o menos coyunturales del sustrato dramático de una literatura viva, con sus duraciones, dilemas, residuos y constantes, enmarcada por coordenadas que inciden estructuralmente, de manera mediata y zigzagueante, en una actualidad de la Argentina entendida como cultura de fachada, opaca circularidad, por cierto, inmovilizada -inmovilizadora- que hoy desconoce, mutila o desdeña semejantes genealogías, suponiendo que aquel es un paisaje político definitivamente abolido.

Poniendo en situación histórica

“Ya estoy con ganas de volver a casa”
Mis memorias, 1904

De donde quizá pueda inferirse a continuación, en una puesta en marcha que *De Adén a Suez, flânerie* náutica y oriental de 1855, y primera publicación de Mansilla, no sólo prefigura *Una excursión* pampeana y de a caballo quince años después, sino hasta el *Ulises porteño* (que ya viejo, marginado y memorioso) regresa “al nido” diseñando un catastro de Buenos Aires tan minucioso como [desapacible]. Y si, en esos tres relatos en movimiento, el “exotismo” atribuido a *los otros* funciona como un recurso decisivo en la confección del suspenso, en el primero, en *Adén*, mediante una escenografía monumental que se extiende como telón de fondo, el joven Mansilla va abriendo su itinerario a aludir al mapa de la expansión británica a mediados del siglo XIX.

Se trata, entrando a ese [ilegible], no sólo de componer una escritura densamente referida a incidentes exteriores en función de encabezamientos del texto, sino que insinúa, además, una geografía mental trenzada entre fascinaciones, pronósticos desabruidos y reticencias, con los ecos de la agresión inglesa en la Vuelta de Obligado hacia 1845. Clave inaugural: el Mar Rojo en primer plano, con el día a día de un calendario enclavado entre antiguas costas amuralladas y el humo del barco a vapor, mientras allá al fondo, borroso, en la memoria del viajero, episódicamente se perfila un repliegue del Paraná.

Oriente/la Argentina, un mar sangriento y un río de llanura. Ese vaivén escenográfico no se limita a la proyección balzaciana de su propia vivienda o de la ciudad de donde zarpó el narrador, sino que al dilatarse hacia la política se entrecruza, en una magnitud a escala ecuménica, con las tradiciones familiares. Segundo núcleo: el universo ajeno y el propio clan. Y ambos componentes a su vez operando como meridianos y paralelos que oscilan entre lo minúsculo y un acatamiento que si alguna

vez suena resignado, poco a poco se va convirtiendo en una ideología a contrapelo: la gran historia explícita y el propio linaje subyacente; John Bull y la sombra del padre de Lucio Victorio; una caricatura triunfal impávida, adiposa, y un general estanciero disfumado enfrentándose a una escuadrilla prepotente que reivindica “la libertad y la apertura de los ríos interiores”.

En semejante clivaje topográfico, con avance sostenido –suspense que demora el placer del descubrimiento anunciado y postergado–, pese a contratiempos, Lucio Victorio se presenta un ambiguo marginal originario de un país periférico considerado una frontera que, por ahora, apenas si alude a los propios serpenteos de su equívoca toponimia. “Comarca” –aún la llama Mansilla– que le resulta precaria y desautorizada hasta por sus rasgos demasiado particulares ante el meridiano universal instaurado, de manera paradójica, al sudeste de Londres en la módica localidad de Greenwich, insignia de la hora mundializada.

Márgenes/centro –vamos avanzando–, anomalías en relación a un código hegemónico, un linaje y varios proyectos. Particulares, propios, legítimos pero endebles ante el universal instaurado por el imperio. Y tan contrapuestos que diseñan la dramaturgia y la decisiva ecuación de Mansilla.

La proa como extremo favorito que convierte al resto de la nave en [repisa] del recién embarcado que va recuperando el *Childe Harold*. “Sombrío”, “remoto”, ensaya ocasionalmente una pose difundida hasta por *los proscritos* bonaerenses (y que como obstinado culebrón reaparecerá como distintivo de posteriores vanguardias, conjeturalmente osadas).

Sin embargo, la peculiar dialéctica que el Mansilla aprendiz postula como paralaje iluminador –en *efecto halo*– inscripto en medio de las referencias universales y la concreción de lo particular, además de recalar en un tópico pedagógicamente “plutarquiano” (que como recurso especular y polémico, cruzará su futura producción), se insinúa ya en 1855, en asimetrías desalentadoras entre citas grandiosas y detalles episódicos pero densos y sagaces. Conviene no olvidarlo, porque si la teoría orgánica precariamente funciona en Mansilla, en lo epigramático en cambio compuso fraseos bruscos, espasmódicos sin dudas, pero que por fin lograron hasta una textura sofisticada.

Se trata de una de las claves mayores de Mansilla en tanto funciona como invariante: la doble mirada del escritor argentino, postulada –hacia 1840– por Echeverría como una ecuanimidad óptica, con Lucio Victorio llegará a significarse por una superposición asimétrica atribuible a su preferencia por un monóculo, que llegó a condensar en

su mismo ademán, una suerte de superposición insolente distribuida como síntesis o espectáculo teatral acotado por un público [ilegible]. Dos maneras de mirar (y de narrar), por un par de dandys sucesivos; del *Matadero* a la *Excursión*: los otros despreciados, convertidos en verdugos/Mariano Rosas y los ranqueles reticentes pero fascinados por las artimañas retóricas de otro intruso de a caballo.

A partir de semejantes características, es posible inducir que el título del circuito inaugural mansillesco se vaya haciendo cada vez más transparente de tan unidireccional: al dejar atrás el puerto de Adén como insignia residual de la *barbarie*, Lucio vé navega aceleradamente hacia Suez que, ya en 1850 –si se tienen en consideración las intrigas de Lesseps ante el nuevo virrey de Egipto, Said Pashá–, se está convirtiendo en la divisa mayor del llamado “progreso civilizador”. Los sansimonianos y el llamado “Système de la Méditerranée”; Asia, África, la paz mundial y la primera globalización. Proa/popa, el barco y el cuerpo del narrador; los hornos, desde la sentina, emiten un rumor que tranquiliza y, a la vez, escande los ritmos de la escritura. Y si la marcha de la nave con humo y maquinaria le va corroborando al joven *tourist* el deslizamiento desde el espacio arcaico, con nubes estancadas, en dirección a la dinámica modernizadora, hay que atribuirlo al avance mismo convertido en un texto *in progress*. Asistimos a la aventura de una deriva y escritura en constante desplazamiento. Y hasta el relato torpe y apacible del comienzo, convencional incluso, se va crispando en medio de gestos más enérgicos y certeros al deslizarse de las reminiscencias en dirección a un programa. La modernización estilística de Mansilla [–nudo a nudo–], implica una mayor capacidad de focalización y de economía en un viaje de aprendizaje a lo largo de bocetos y borradores *maquinados* en tomas y en vistas que prefiguran sus futuras postales. Esos serán sus subsiguientes borradores, ensayos breves anotados al dorso con las iluminaciones de los grabados al frente; epígrafes por su brevedad que, al ir acumulando una mayor desenvoltura, se deslizarán hacia los compases típicos de un prólogo. Es que si al romántico soliloquio nocturnal que cultiva episódicamente llega a presentir lo ralentado o demodé, de acuerdo a un positivismo más *à la page*, Mansilla empezará a ensayar poses de fotógrafo ansioso pero que ya va aprendiendo a “tomarse su tiempo”. En realidad, llegará a ser un *experto en viajes* cuando sepa la importancia de la respiración narrativa y del movimiento de página en las paradas intermedias. Se irá verificando con sus hiatos, blancos y puntos suspensivos que no [clausuran] sino que apenas cuestionan la andadura narrativa. Incluso, los solos presuntamente “inspirados” si predominan al comienzo con apelaciones a las voces, los [ilegible] y lo sagrado, al desplazarse al “nosotros” de la pluralidad temática inglesa (tan [ilegible] y segura después de los conquistadores) se irá definiendo por esas modulaciones laicas primero y, a poco de andar, profanas.

Denominadores comunes

“¡Mil millones de billones economizados a la marina mercante! ¡La vida misteriosa de una región descubierta y vulgarizada! ¡Con ciudades rudimentarias del Asia y del África, convertidas en mercado para la industria y el comercio de Europa! ¡Todo un mundo escondido durante siglos conquistado a la civilización moderna!”

Eduardo Wilde, *Viajes y observaciones*.
(El canal de Suez)

La *grandeur* británica, de tan intimidatoria llegará a convertirse así en un “destino” del que Mansilla consigna sus certezas que operan con el globo terráqueo como el templo de su propia liturgia: allá, en otra parte, se da la historia, y *England power* será el único himno que entonen, con muy pocas variantes, las élites que se consideran *cristianas* y apuestan, como cosa propia, a la participación en “la misión del hombre blanco”. Cualquier dato empírico que pase por la anatomía victoriana se convertirá en valor; el cuerpo de Byron, heterodoxo y señorial, o el de Sherlock Holmes, londinense, científico y sedentario, se transformarán en paradigmas. Apogeo de la *gentle tradition*/ reemplazo crepuscular. Al ser confundido con un anglosajón en Oriente, Mansilla no lo toma como un malentendido agravante, sino como la fluida participación en un universal burgués que empieza a [corroborarlo] como conquistador aunque sea *in partibus*. Modelos y simulacros. De ahí que sea en esta franja donde empiece a ensayar un dandysmo con el que cree tomar distancias cuando en realidad son los instalados quienes lo apartan. No es una coincidencia sino el síntoma de una clase: Mansilla y Flaubert coinciden en el Egipto de 1850. Avidez por los libros y los viajes; infecciones secretas o descubrimiento del mercado de esclavas. Viajeros rentistas ambos, golosos e impacientes, [ilegible], *extrañados* y la *Revue des Deux Mondes* compartida. El francés apenas si tiene diez años más que el argentino.

De Adén a Suez, travelling mariner –visto en esta perspectiva–, va cultivando en una cartografía desdoblada en una frontera sombríamente fascinante y porosa, así como su marcha intercalada por una topografía rara insinúa, en 1855, no sólo el primer capítulo de su larga carrera de obstinado “trotamundos”, sino también la culminación, por su espesor, refinamiento y oportunidad materializada en la *Excursión* de 1870, hacia el exterior/excursiones por el interior –de eso vamos a hablar–, océanos y pampa, *mar afuera*/ “tierra adentro”. Musulmanes, [ilegible] (con las notas al pie organizadas como síntoma introductorio al lenguaraz profesional en que se convertirá Mansilla al sobreimprimirse con

el vaivén de las fronteras [ilegible]). [Ilegible] y con el tiempo, guaraníes, ranqueles y tobas. Desde ya. Pero con esa divergencia que señala contradictoriamente no sólo el *bordear* del viaje náutico y la penetración de las cabalgatas, sino el intento de enhebrar definitivamente una síntesis que resulte convincente y tranquilizadora. Aunque la otredad de “los naturales” deje de ser escándalo, rareza o asombro para trocarse cada vez más en corroboración de la propia identidad refractada desde el poder.

Es que si en la narrativa expansionista del primer viaje de Lucio Vé predomina una apropiación simbólica, quince años después, las señales se corresponden en una expropiación institucionalizada. El distante *voyeur* arbitrario se habrá transformado en subordinado *causeur* espía. Si la acumulación saladeril es reemplazada en esos desplazamientos por el apoyo del Estado, ese desplazamiento aludirá, en su núcleo, al tránsito desde el imperio hegemónico victoriano hacia un subimperialismo polvoriento en relación a las tierras de indios.

En 1850, se asiste, en yuxtaposición, al testimonio en balanceo de un joven heredero del paternalismo saladeril. “Yo no pensaba entonces sino en gastarle a mi padre su dinero lo mejor posible”, se absuelve Mansilla en sus años viejos. *Viaje consumidor* que si en el espacio individual prefiguraba el “regreso del hijo pródigo”, como empresa, y a través de los ritmos modernizadores, iba dependiendo cada vez más de la metrópoli. Despilfarro/[ilegible]. Un imperio, en fin, prepotente y atractivo para la tradición familiar de Lucio Victorio, pero a mediados del siglo XIX ya desplegaba su potencia frente a otro imperio, el otomano, en tan enfermiza desintegración que a los nuevos señores los tomaría como a eficientes liberadores.

Imperios

“La construcción de un imperio exige una falta absoluta de humor.”

Carlo M. Cipolla

Correlación premonitoria –sin señales de profetismo– de la que en 1898 situará a Mansilla ante la despiadada eficiencia del imperio norteamericano emergente al liquidar a otro imperio anacrónico. Su hermana Eduarda se lo había insinuado como prolongación de la Guerra Civil: “El General Lee y las damas del sur”. Humillaciones de

un caballero y de las señoras “más refinadas”, avasallados por los “mercanchifles del norte”. El espíritu latino *desmantelado*. Mar Caribe a fines de siglo/el Mar Rojo hacia 1850. “Los anglosajones”. Y el par de prosccenios imperiales de mayor tensión conflictiva. Pero que en ambas escenas condicionará la perspectiva crítica ante la cultura sajona desliziándose a partir de los tradicionales cuestionamientos ante “la pérfa Albi3n” hacia posiciones actualizadas frente al “peligro yankee”.

Hasta Mark Twain había dejado de sonreír frente a la explosi3n del *Maine*, las arengas de McKinley y el periodismo patriotero de Hearst. “Estrellas no –postulaba–, s3lo calaveras”.

El ofrecimiento de Mansilla como oficial del estado mayor de Espa3a en la guerra de Cuba no es un *improntu* sino una inflexi3n en ese continuo pol3mico. El canal de Suez y el puerto de La Habana. Hasta los antiguos clich3s se han renovado en su correspondencia; la caricatura abandona la bonachona obesidad de John Bull para encarnizarse con la dura iconografía del *Tío Sam*. Reemplazo que no es un monopolio del circuito personal de Mansilla, sino que hace al complejo de la *gentry* argentina a lo largo de medio siglo, desde el 3ltimo Rosas al primer Roosevelt.

Sobre todo que en este tr3nsito, los argumentos raciales y religiosos que connotaban la violencia militar brit3nica frente a “los pueblos orientales” en 1850 ser3n reemplazadas por las atribuidas al *yankee* avasallador del “espíritu hidalgo” definitorio de la tradici3n y trascendente a3n a las mayores derrotas de Espa3a. *Panache* que elegíacamente, ya sobre el 1900, lo involucrar3 y justificar3 a Mansilla en sus propios fracasos evaluados como los de un iluso Cyrano de Bergerac.

Ser vencido por un imperio “materialista” no s3lo personificaba las propias “[soleras]”, sino que iba fusionando la propia genealogía tradicional con el mercado espa3ol *espiritualizado* por los elegíacos del '98. [Coralidad] coincidente con el arielismo porte3o, con *La gloria de Don Ramiro* y el enternecido hispanismo rub3ndariano. Adem3s del oportuno *Solar de la raza* y del Barr3s proyectado sobre [ilegible], as3 como la mano sabia y condescendiente del prologoista del Mansilla moralizante.

Desde la vertiente opuesta

“Cumplidas las tareas de la ma3ana, fui presentado al General Mansilla, un gallardo oficial veterano, guerrero de la independencia y que hizo la campa3a del Brasil”

William Mac Cann, *Dos millas a caballo a trav3s de las provincias argentinas*, Londres, 1853

El joven Mansilla, a lo largo de su viaje inicial, va presintiendo que 3l no es m3s que un reflejo o precaria reducci3n de un modelo; y para ubicar provisoriamente su identidad, si toma distancias crecientes de “los aborígenes” (por arriba, y contempl3ndolos desde cubierta o tir3ndolos una propina), no logra en ese espectro identificatorio, superponerse con los ingleses.

Es que, pese a sus deseos o a sus calculados distanciamientos, no consigue identificarse con los universales vigentes ni alejarse del todo respecto de los particulares en ruinas. De los amos lo separan desconfianzas y rencores; con los de abajo, presiente residuos compartidos pero intolerables; resulta un h3brido (paradigma de una Argentina oficial que se ir3 definiendo como *un pa3 anfibio*, o como diría Mart3nez Estrada, como “una entidad hermafrodita”), que se balancea entre los valores modernos de los conquistadores y los arcaicos modos de ser de los humillados.

El cuerpo de Mansilla y sus opiniones se balancean as3 en ese crucero del sur [ilegible] con rumbo hacia un norte, que iba entrando en un proceso de mercantilizaci3n marcado por pr3stamos, [mamelucos], agiotistas, privatizaciones de la tierra p3blica, [ilegible] posteriores a Napol3on III, de batallones egipcios para luchar del lado del ej3rcito franc3s en la expedici3n a M3xico. Y, complementaria y tr3gicamente, por el trabajo forzado de los *fellaks*.

Mansilla, a lo largo de ese contexto, aparece como un marginal perif3rico, un *mestizo* con privilegios, pero ambiguos –blanco y con dinero–, que epis3dicamente puede ser incorporado al universo de los se3ores. Sus reconocimientos siempre portar3n una acogida folkl3rica vacilante entre la complicidad y las reticencias, con algo de prodigioso buf3n, de “[ilegible]” a exhibir peri3dicamente o de curioso aventurero. Un *casi* disfrazado que se beneficia de ciertos equívocos (juventud, belleza, “plumas”), hijo de alg3n cacique o nabab, coyunturalmente beneficiado por el clima tur3stico-vacacional, tan condescendiente como fugaz, sustentado en su irresponsable disfrute de puro consumidor.

Incluso, al final de su colecci3n de viajes, contempl3ndolos en telescopía en su calidad de experto en itinerarios, como si se tratara de un solo circuito, y rescatando

irónicamente el “disfrute” de los [manoseados] hoteles náuticos, no puede superar la irritación que le provoca la llamada *diplomacia de [cañonera]*. “Vapores pequeños y muy rápidos, astillados”, anota. [Ilegible] por su amigo Luis María Drago, frente al bombardeo imperial a los puertos [fragmento ilegible].

Es que, en aquel extremo *oriental* ya había recuperado unas figuras “extrañas” y oscuras, sospechosas, excesivamente sumisas, impenetrables, ontológicamente iguales a sí mismos, sujetos, pero de venganzas eventuales, bruscas o de inolvidables desapariciones. Nadie se burla de ellos porque esos *otros* nunca se convierten en gags, como tampoco ocurrirá con los indios. En el extremo europeo blanco, los ingleses: desenvueltos dominadores, reiterados, pueden, en cambio, ser ridículos por acumulación ante complacencias y excesivas ventajitas y, finalmente, hacer reír. “Burlarse de los maestros tan serios” era mucho más fácil.

Britannia über alles

“Rosas es un hombre de un carácter extraordinario y ejerce la más alta influencia en el país”

Charles Darwin, *Diario de viaje*, 1833

Los viajeros ingleses que, desde antes de 1850, intentaron sistemáticamente mirar a la Argentina correspondiente a las perspectivas del joven Mansilla en relación al imperio británico, no sólo fueron atenuando la imagen negativa de Rosas, sino que contribuyeron a disolver la versión predominante difundida por la “novela unitaria”. Su retórica de libros de viajes así como su reivindicado empirismo no aceptaban ciertos argumentos melodramáticos; a esos comerciantes con rasgos aventureros pero muy concretos y puntuales en sus procedimientos, no los convencían las descripciones sobresaturadas ni los gestos triunfalistas. Y como se consideraban a sí mismos ecuanímente *centristas* y practicantes de un oportuno eclecticismo de a más be sobre dos, se fueron convirtiendo en precursores de un positivismo –no precisamente de escuela– cuya *austeridad* y proclamada objetividad siempre se resintió ante los “desbordes” subjetivos, presuntamente románticos.

Hasta el siniestro *exotismo* que le adjudicaban los opositores a Rosas, construido mediante un grotesco acumulativo que incurría en caricaturas donde se mezclaban versiones y mitos condicionados por una lucha tan prolongada como definida por sus fracasos, en la óptica de esos británicos se evaporaba rápidamente o se fue licuando de manera paulatina. Un [ilegible] de oro de esos viajeros especialmente *interesados* enunciaba: “A nuestros posibles clientes no hay que pasarlos con las lanzas, sin con libras pero, antes, conversarlos” (cfr., Hereward Ph. Spratt, *The Birth of Steamboat*, Londres, 1958). Es que en la velocidad de sus correcciones incidían de modo inversamente proporcionales la carga de prejuicios que portaban desde su país de origen.

La distancia tan medida practicada por esos testigos considerados, con maliciosa frecuencia, “espías disimulados” (acusación de la que Mac Cann resulta la víctima más notoria), se acortaba hasta la proximidad de un cuerpo a cuerpo con Rosas. *Man to man*, “el sanguinario califa” difundido por Rivera Indarte y el periodismo exilado en Montevideo, resultaba un político sagaz y un anfitrión seductor y hospitalario. Así como con otras figuras y escenarios, semejante empirismo sustentado en datos palpables y cotidianos, aludía a un sentido de los negocios y a los privilegios de que gozaban durante ese período los súbditos de la reina Victoria. Por razones muy comprensibles entonces, “A Merchant” es el seudónimo que precisamente utiliza Mac Cann para firmar su folleto *The present position of affairs in the River Plate*, breve y escrupuloso informe de su primer viaje a la Argentina entre 1842 y el '45. Realmente era el emergente, por obstinación, refinado y economías, de la extensa secuencia de viajeros (cfr., Samuel Trifilo, *La Argentina vista por viajeros ingleses*).

Y comerciante ante todo, su libro de 1853 –aparecido, por cierto, en la misma editorial de Thackeray y Ruskin– evidencia nítidamente que en su segunda estadía no actuó como un turista que escribe sus impresiones. Nada de divagaciones nocturnales ni de despilfarros, sino construcción de significados, prolijas reseñas acumulando datos con distancias, precios, estadísticas, yardas y salarios. Y, sobre todo, rigurosos pronósticos en torno a una “plaza” que con sus numerosas ventajas –e, incluso, defectos y contratiempos–, debería convertirse en un mercado especialmente privilegiado.

Libro, raza y los barcos

“Tenemos en nuestras manos el poder moral, físico y mecánico; el primero, basado en la Biblia; el segundo, en la maravillosa adaptación de la raza anglosajona a todos los climas, situaciones y circunstancias; el tercero, nos fue legado por el inmortal Watt. Gracias a su invención, todos los ríos se nos abren.”

Macgregor Laird, 1837

Las agresiones navales en el río de la Plata y en el Paraná, deterioraban el crédito moral y material de Gran Bretaña. Ese es el contexto referencial de Mac Cann, con los ecos y marcas que vibran a lo largo de su informe. Porque si la misión de 1846 fue de carácter conciliatorio, Lord Howden, que salió de la Metrópoli a principios del año '47 en compañía del conde Waleski –representante, a su vez, del rey francés Luis Felipe de Orléans–, traía instrucciones precisas para llegar a un acuerdo con Rosas.

Además, la estrategia imperial en Egipto o en la India, no podía ser aplicada [ilegible] en “estas playas desiertas”. El estilo bravío de los “gauchos de a caballo” no podía identificarse con el de los indios pacientes. Los fracasos de 1806 y del año siguiente no estaban tan lejanos.

Mac Cann, en semejante coyuntura, se mostró especialmente preocupado por los residentes británicos y sus negocios perjudicados en Buenos Aires. Casa matriz, corresponsales, agentes, sucursales: esa secuencia ya se iba perfilando. Así como por los proyectos de varios grupos de compatriotas que se disponían a viajar desde la metrópoli. Los acontecimientos, sin embargo, lo favorecían: pese a las demoras del arreglo de Lord Howden, se le dieron órdenes al almirante Herbert de levantar el bloqueo –“¡Virar a estribor!”–. Cuatro fragatas y dos remolques. Descolocando así a los enemigos de Rosas y resolviendo a Mac Cann a ponerse en marcha en su viaje por la Confederación.

“Millas y millas”. Y no por el borde, como el Lucio Victorio de *Adén*, sino por el interior; y no en barco, sino de a caballo; renovando sus cabalgatas cuidadosamente en cada parada breve controlada a reloj. Presentado al padre de Mansilla en el saladero –regimiento de Ramallo–, recuerda, de paso, versículos del Eclesiastés y al “pueblo elegido” a través del desierto. Y consignando, eso sí, sin asombro, nombres y costumbres de pájaros en una precursoría ornitológica de Guillermo Hudson, ese inglés a medias encabalgado, a su vez, entre dos países, uno del centro y el otro de la periferia.

Y si 1848, con la caída del gobierno de Luis Felipe (y la desautorización del enviado francés), así como la batalla de Vences favorecieron indirectamente la posición de Mac Cann al convalidar el poder rosista en noviembre de 1849, la convención Arana-Southern, con el arreglo definitivo de las relaciones entre Argentina y los ingleses, culminaron las ventajas de los viajeros británicos en Buenos Aires, coincidente con el apogeo del “tío don Juan Manuel”.

Ovejas, farmers y la etiqueta

“Mr. Handy, muy inteligente y progresista, posee un espléndido establecimiento destinado a la cría de ovejas, con buena casa y grandes arboledas. A fuerza de constancia y pericia logró adquirir hasta ocho mil ovejas al precio de dieciocho peniques la docena!, o sea cuatro reales de vellón cada una.

Encontrándome yo en una reunión de europeos congregados en una cena que dio Lord Howden en Buenos Aires, conté lo que acabo de referir. Mi relato suscitó un murmullo de incredulidad, y yo me ofrecí para acompañar a quien quisiera ver los campos donde pastaban las ovejas de Mr. Handy.”

Mac Cann, *id.*

En ese encuadre, el parecido de Rosas con “un gentil-hombre de la campiña inglesa”, recuperado a través de reminiscencias de la narrativa del siglo XVIII o, quizá, de la Jane Austen más próxima (o por el contacto con *farmers* recientemente enriquecidos, residentes en Quilmes o Magdalena). Mac Cann rápidamente elimina cualquier signo de *extrañeza*: la chaqueta del marino y la gorra y, sobre todo, el rostro “hermoso y rosado” del brigadier general, robusto, rubio y de ojos celestes, contribuyen, muy de cerca, a sugerir ese parentesco tranquilizadora-mente imaginario. Las confidencias que, por el aliento muy próximo, ansioso casi, llegan a convertirse en infidencias, la sombra de los sauces, el sopor de la siesta y los abrazos campechanos, van insinuando un grabado rural de Hogarth. Y hasta el explícito reconocimiento de Rosas de que él no era precisamente “un santo”, así como el asombro porque “Inglaterra hubiera olvidado a tal punto su propio interés –enajenándose las simpatías del pueblo y dejándose atrapar por la envidia y las maquinaciones francesas–, trenzan una estrategia personal cálida y convincente. El monstruo, en la intimidad, pone en juego sus encantos de diplomático, hasta convertir sus vicios en pragmáticas y comprensivas contradicciones: su “natural chocarrero”, por ejemplo, y sus “bromas pesadas”, muy del gusto popular de la soldadesca –según anota Mac Cann–, así como su destreza

en la doma de potros o en “tirar al lazo” (que le ganaron “las voluntades del paisanaje”), se compensan con sus cualidades de “excelente administrador” en la opinión de los hacendados y del partido del orden.

Mansilla, en su correspondencia de los años en que redacta el *Rozas*, coincide con la versión del viajero inglés. Era una inflexión de sus opiniones reiteradas sobre la continuidad de “las prolijas relaciones” mantenidas por su tío con los británicos: “Muchos más constantes en su amistad que los que se proclamaban sus fervientes partidarios”, escribe. Y el ministro representante de la reina, su casa, nuevamente los barcos imperiales y Southampton. Y si Lucio Victorio recupera los cañones, es porque el imperio tenía comerciantes “de buen ojo”. Ni cortesanos, ni antesalas, “buenos negocios”. Rubro en el que reconocía su incompetencia. “No soy sajón, sino de raza latina”. Y cuando Mansilla hablaba mal de sí mismo, pretendía seducir pero mostrándose ecuánime.

Rosas, un pragmático

“Ahora bien, el mercado mundial se halla bajo la hegemonía de Inglaterra”

Karl Marx, *Nueva gaceta del Rhin*, 1851

Para Mac Cann, por lo tanto, el alegato de Rosas a favor de “la emigración de todo el excedente de población de Gran Bretaña” no sólo lo confirma en sus juicios positivos sino que, además, lo corrobora incondicionalmente en el reconocimiento de su “tacto y facilidad”. E, incluso, la apelación del Brigadier General a la urgente necesidad de intercambio comercial con “alguna nación fuerte y poderosa como Gran Bretaña”, lo termina de convencer disipando sus últimas dudas y sus juicios más *extrañados*.

El astuto pragmatismo de Rosas –basado en sus apelaciones al antiguo reconocimiento de la independencia y la consiguiente gratitud hacia Inglaterra–, va enhebrando las alusiones a mayores intercambios con seguros “beneficios comerciales” sumados a la “influencia moral”. Los buenos negocios requerían un lenguaje edificante. Pero advirtiendo, eso sí, que “nada oliera a protectorado, ni afectara en lo mas mínimo su libertad e independencia nacional”. Rosas, además de seductor y hospitalario, resultaba un patriota inobjetable. Y no quedaron dudas cuando Rosas, finalmente, “cerró con un ademán categórico” –concluye Mac Cann– “aprentando el dedo pulgar de la mano derecha contra el dedo índice, como si tomara un pelo entre las uñas y como diciendo

“*Ni esto*”. (Los dedos eran las señales más elocuentes del *sumo corporis* de Rosas; y la proximidad privilegiada de Mansilla nunca fue utilizada para [ilegible] a esa “deidad doméstica”, sino para intentar descrifrarle la mano. “No con quiromancias” –advierte– sino mediante el recorrido detallista sobre un cuerpo codificado por una retórica del poder indiscutido, sin estatuarias, sin arengas, pero con ademanes especialmente administrados.

Ponerse en marcha

“La verdad es que, si mi padre me embarcó en un buque de vela –¿y en qué otra cosa me había de embarcar?, ¿acaso había entonces vapores?–, en un buque que salía para la India, cuya tripulación no contaba sino de doce marineros, un capitán y el sobrecargo, buque que se llamaba la *carca Hume*”.

L.M.V., ¿Por qué?, 1888

Rosas y Rousseau, emparentados por su [ilegible], pero emblemáticamente antagónicos, representan el par de insignias mayores que aparecen connotando los dos extremos del viaje iniciático y consumidor en la tardía versión de la primera salida de Lucio Victorio: no funcionan en la tangencial sino que predominan como núcleos de una dramaturgia balanceada entre efectos y compases. Ser descubierto leyendo un texto prohibido/padecer la lectura de otro texto, pero oficial. Pecado secreto y sumisiones canónicas. Letras mayúsculas, en fin, de un par de proscenios que operan en calidad de estandartes de *puertos* por la coloración geográfica del circuito narrativo, y porque, además, si el tramo de Adén a Suez resulta la franja más densa de ese itinerario oriental, Buenos Aires se recorta como la rada ineludible tanto en la puesta en marcha como en la escenografía del regreso.

Como en realidad su salida no es el resultado de una expulsión ni de la fuga de un perseguido (como en el mítico y numeroso exilio de *los proscriptos*), su viaje, con un balance retrospectivo, sin naufragios ni utopías, se limita a un aprendizaje rentado: ir y volver, sin trabajos forzados, en el primer viaje *bumeran* de la literatura argentina, vaivén ocioso a dos bandas, con su equívoco cielo y su infierno dudoso (cuyo penúltimo descendiente será el *traveller* de Cortázar).

Sobre las razones decisivas de la salida mansillesca –y disipando cierto incidente al que considera episódico– el blasón roussonian se condensa alrededor del *Contrato social*. Una escena primigenia se insinúa: el joven Lucio Victorio es descubierto leyendo al “filósofo ginebrino”;

las tensiones suscitadas aluden a una provocación porque no sólo se trata de una lectura secreta y en la cama, sino en un momento en que tendría que estar trabajando en las violentas faenas del saladero paterno. El *deber* aparece reemplazado por una lectura “febril”, placentera, y la puesta entre paréntesis es alterada y suspendida por una brusca aparición. La postura horizontal, presuntamente pecaminosa del lector clandestino, debe recomponerse, muy rápido, en una posición que participa del acatamiento patriarcal y del disimulo culpable. La mirada de una suerte de Jehová benévolo sobre el desamparo del hijo. Interrogado por el padre, cuya figura crece en dimensiones imponentes de manera compulsiva a lo largo de su interrogatorio, Lucio Vé elude una respuesta categórica alegando, escurridizo, que está leyendo “un libro en francés”.

El sistema saladeril, sobresaturado con los símbolos de la *barbarie* (“industrial nacional”, “donde se desnucaban las reses”), no se limita, en la estancia de Ramallo, al contexto de una lectura placenteramente subversiva y peligrosa, sino que acumula sobre sí una colección de signos. “Desbordan” esas señales. Y Mansilla, de acuerdo a su reconstrucción, presiente que no sólo han impregnado su formación personal, sino la de toda la Argentina a lo largo de su extensa y trágica geografía.

Es que inscripta ahí, hacia 1850, la lectura de Rousseau implicaba una solapada provocación personal en la inmediatez, pero también las ambigüedades de un padre general y saladerista. Lucio Norberto Mansilla, de manera episódica, por miembro consecuente del *partido del orden*; de ahí, sostenedor del rosismo y casado con la hermana dilecta del brigadier general; enriquecido, como otros jefes federales; y por *aburguesado* en clandestinos contactos con el “modernismo” de Urquiza, creciente desde el litoral, en despegue en relación al arcaísmo de las estructuras centralizadas sostenedoras de Rosas.

Sobre todo que esa situación inaugural se entrecierra con un dilema que, además de convertirse en problemático, central, culpabilizador y obsesivo, categóricamente lo sitúa al joven Mansilla (“Yo tenía diecisiete años”) frente a la alternativa de seguir leyendo a Rousseau o de abandonar, de inmediato, el país gobernado por su tío. La alternativa la enuncia enfáticamente la voz paterna que cae desde el poder; a elegir: saladerista trabajador o viajero inmediatamente exiliado: “Mi amigo” –dictamina esa altura como si fuese un oráculo– “cuando uno es sobrino de don Juan Manuel de Rozas no lee *El contrato social* si se ha de quedar en este país; o se va de él si quiere leerlo con provecho”.

Semejante amenaza de rutina o destierro, me reenvía ineludiblemente a *los dos ojos del romanticismo* postulados

por Echeverría; para el vocero de la generación del '37 la dualidad implícita en ese discurso debía ser equilibrada mediante una óptica que, en lo esencial, se balanceara entre lo que se le adjudicaba a la insignia local y a la europea. Pero si esa propuesta teórica presuponia equidistancia y convivencia, la brusca cotidianidad le planteaba a Mansilla una elección excluyente: la *o* disyuntiva enfrentada a una *y* copulativa se le convertirá en la ecuación social, internalizada, que condicionará definitivamente su *manera de mirar* proyectada en sus textos y en su trayectoria vital, y con asimétricas declinaciones cuando empiece a usar monóculo.

Porque además de los mexicanos de oro, símbolos rotundos vinculados al padre, la guitarra, cuidadosamente embarcada con el joven Mansilla, alude a las preocupaciones de la madre. Lucio Norberto y Agustina. La *crematística* tan exigente y los vaporosos sentimentalismos; señales a las que el viajero apela con reverencia entre sus soledades y plegarias orientales que van corroborando el halo binario que flota alrededor de *Adén a Suez*.

Así como *Corina* y Madame de Staël son las divisas especialmente citadas de su biblioteca itinerante: la sombra roussoniana se proyecta, de manera explícita, sobre la discípula definida por su espectacularidad díscola y mundana; pero, sobre todo, por la soledad padecida en sus viajes y en sus citas (“Viajar es, por más que digan, uno de los más tristes placeres de la vida”). Desahogos de esa “gran señora” en concordancia con su propia situación que a Mansilla lo remite –entre su linaje y sus recuerdos tardíos– a la imagen de su hermana menor: *Eduarda*, “gran señora” también, cómplice de sus confidencias y ejemplar viajera, tan activa como desolada. Precisamente, en el dilema entre el placer de las lecturas y los deberes exigidos. Literatura o autoridades, esa es la cuestión. “Los artificios o *lo natural*, mi querido Lucio”.

Vuelta al pago

“Yo no traía, sin embargo, nada de extraordinario, a no ser que lo fuera el venir vestido a la francesa, a la última moda, a la parisiense, con un airecito muy chic”.

LVM, *Los siete platos de arroz con leche*, 1889.

En un balance triunfalista se convierte el comentario del regreso: en un primer movimiento, al subrayar el mapa-mundi que venía diseñando a lo largo de su itinerario autobiográfico, se alude con fervor a los tres continentes –“el Asia, el África y la Europa” – que Mansilla había recorrido. “Tres”, insiste. Y parece habérselos *tragado* con

su avidez de consumidor privilegiado, porque si los dos primeros lo exaltaban en su aprendizaje del exotismo, Europa lo consagraba con los placereros y prestigiosos recorridos por París y por Londres. *Tourist/flâneur*; suburbios y centros del mundo hacia 1850; y la rareza oriental superponiéndose con los “placeres” de las metrópolis.

Lucio Victorio al regresar a Buenos Aires, podía exhibir entonces la iniciación a su proyecto –borroso aún pero ya confirmado– de *hombre de mundo* y, corroborar, a la vez, con matices inéditos, el modelo argentino inaugurado por Echeverría y Sarmiento. Ese peculiar *viaje búmerang* que, si necesariamente se celebraba en las soledades del extranjero, se legitimaba ante la mirada y los comentarios de los compatriotas no viajados. “Salir petaca y volver baúl” será el comentario irónico que el mismo Mansilla le dedicará a ese recorrido que, al involucrarse, se irá trocando cada vez más en un paradigma “nacional” tan contradictorio como significado por una mutación santificadora.

Y Mansilla continúa al ir detallando su regreso: al enterarse de la sublevación de Urquiza contra Rosas (el mayor estanciero y lugarteniente en el Litoral, enfrenándose al magno hacendado jefe de Buenos Aires), ese conflicto le había resultado imposible que se produjera entre “dos personajes inéditos”. Inaceptable que esas dos figuras vinculadas por los grandes negocios, proyectos análogos y trayectorias comunes, se enfrentaran como enemigos. Y si él se había gastado con desenvoltura el dinero paterno, también le había llegado el momento para dejar en claro que no sólo no le interesaba la política alrededor de esa confrontación sino que, además, había decidido, sin consultar a nadie, regresar a fines de diciembre de 1851. Es que en su dilema personal, las saudades por Buenos Aires y por su madre prevalecían ya en relación a la gula del aprendizaje viajero. “Por ahora, estaba ahíto”.

Y de ahí, va diseñando una de las especialidades de su estilo: los detalles cada vez más ágiles y puntuales. Desde el desembarco en la pintoresca secuencia ballenera-carro a babuchas de un marinero, pasando por los comentarios que provoca su ropa, *dernier cri* de la moda europea que, al presentarlo tan diferente le facilita la verificación inaugural de su *introducción al dandismo*, entendido como distanciamiento teatral, egotismo y rechazo del anonimato. Recuperaba su tierra, pero no en función excluyente, sino como primera especularidad de su insolencia. Incluso con el talento más refinado del que hace algo más provocativo sin subrayarlo, naturalizándolo, presuntamente espontáneo, “como quien no quiere la cosa”. Si el desconcierto y la cautela habían predominado frente a los otros en la etapa oriental del viaje; ante la otredad porteña, ciertas estrategias de manipulación ganarían un proscenio no ya náutico sino de progresiva fascinación.

Norma y las subversiones

“Yo venía de París vestido à la dernière.”

LVM, *Un hombre comido por las moscas*, 1890

Pero en el regreso del viaje, Mansilla no vuelve vestido a la oriental: no viene con fez ni babuchas; esos “elementos” lo hubieran convertido en un exceso de fácil derivación caricaturesca a riesgo de que lo *titearan*. (Arlt, en su momento, se sacará una foto con albornoz, pero para exhibirla entre sonrisas y corroborando su estadia africana. Pero ni a él ni a Mansilla se les ocurrió entrar al puerto de Buenos Aires montados en un camello. “Limitaciones”. Y el riesgo cómico, por efracción de códigos que, a lo sumo, les gritaran ¡Rey mago!).

París, por antonomasia, era “el regreso” del viaje; y Mansilla vuelve europeizado con un valor agregado al impregnarse osmóticamente, digamos, del modelo donde los prestigios universales se habían decantado. Es la vuelta santificadora, naturalizada por el mismo vaivén náutico y destinada no ya a los episódicos “muchachos” del puerto asombrados por su *toilette*, sino a los miembros de su propia clase que sentirían envidia y urgencia por ponerse al día. No un musulmán increíble y despiñado, sino “un caballero muy *chic*”. Se confeccionaba así un regreso asombroso y un desquite tan fuera de serie como riesgoso; porque si los jóvenes “de ambos sexos” lo miraron con interés y hasta lo consultaron, el “ambiente criollo rancio” lo criticó. La ropa de París era un texto que había que leer; y su público, virtual, sobre Caseros, ya era la *jeunesse dorée* de la élite porteña. Y a espaldas de Mansilla se insinuaba, además, la privilegiada colección de ávidos dandys en competencia en esa aldea chismosa y polvorienta.

La línea narrativa del regreso continuó: los curiosos “lugareños” que lo escoltaban hasta el barrio de San Juan y, por fin, la casa solariega; el *niño* Lucio ha regresado: abrazos, lágrimas de la madre, los criados esmerándose y los numerosos familiares que “se van haciendo presentes”. Recepción, intercambios y comprobaciones: gordura, palidez, memorias, altura, pero la ropa, insistentemente. Y si la ceremonia del recibimiento se va realizando mientras Urquiza avanza sobre Buenos Aires, lo amenazante se prolonga yuxtapuesto a lo episódico. El gran sublevado de Entre Ríos se iba superponiendo en su marcha triunfal sobre la ciudad con los enternecimientos domésticos provocados por el *regreso del hijo pródigo*; “dulces, cremas y pasteles” que preanunciaban el memorable arroz con leche.

Y ya surge Rosas en la secuencia Palermo-Manuelita: irse hacia un aprendizaje del mundo, sin duda

–reflexiona Lucio Vé–, pero “más dichoso es el que vuelve”. Alejamiento desdichado, en verdad, pero regreso celebratorio; una salida brusca compensada por sabrosas recuperaciones: de inmediato, pregunta por su tío y por su prima; ese reencuentro lo urge: “Yo no veía la hora de ir a Palermo” –prosigue con impaciencia–; “y al día siguiente monta a caballo” dispuesto a pedirle al tío la bendición en ese santuario “más agreste que ahora” –rememora–, entonces “con más de bosque de Boulogne”.

Siguientes escenarios: el primero como antesala al aire libre; Manuelita aparece rodeada por un gran séquito en el jardín de las magnolias. Espacio privilegiado en el que sobresalía “amelcochado” el doctor Vélez Sarsfield. Y en oposición, “mi facha”: el traje a la francesa de Mansilla frente a aquel cortejo de federales más o menos leales. Y el narrador se abrocha la levita disimulando el chaleco colorado para no parecerse “a un lacayo del barrio de Saint Germain”.

El segundo tramo es interior, definido por la espera: Manuelita anuncia “ahora tatita te recibirá”. Impaciencia y más espera, Rosas manejaba el suspenso como un experto folletinista. Todo un [ilegible]. Y Lucio Victorio contempla esa escenografía agazapada; podría estar en un refectorio conventual o en una sala de guardia vacía. Finalmente, reaparece su prima: “dice que entres”, susurra. Tercer escenario: una pieza “con todo colorado”; una escenografía melodramática “y yo, que por Rozas sentía cariño y temor”. Cuarto movimiento: el tío aparece, estatuario; “napoleónico” y “mármol” son las connotaciones de una descripción que ensaya el gran retrato. Monumental e intimidatorio. Pero “el hombre que más poder ha tenido en América” lo bendice al joven Lucio empleando la misma fórmula patriarcal de la salida. “La misma, mismísima que usaba mi padre”, consigna. *Grandeur*, doblaje también, y ademanes desde la altura; y una situación que, al remitirlo al comienzo redondea, por fin, la secuencia del viaje iniciático.

Hay más señales: Rosas no sólo lo trata de usted –signo positivo dentro del código familiar– sino que se sienta en la cama y lo felicita porque “no ha vuelto agringado”. Y pasa a la lectura: reivindicando su autoría contra lo que “según se dice” se lo hicieron Lahitte y Lorenzo Torres. Triviales presunciones intelectuales y descalificaciones de opositores. Es una actuación de Rosas semejante “al discurso de la Reina Victoria al Parlamento”. Rememora: “un mamotreto enorme”. Lucio obedece y se sienta mientras Rosas de pie empieza a “leer desde la carátula”, pronunciando “la *ce*, la *zeta* y la *be* y todas las letras con la afectación de un purista”. Incluso lo interroga sobre puntuación o sobre alguna palabra. Hasta que de pronto intercala “–¿Tienes hambre?”. “–Sí”. Y empiezan a llegar

los platitos de arroz con leche; Lucio Victorio atosigado entre la comida y la lectura mientras Rosas continuaba y se prolongaba, el escucha iba sintiendo “la cabeza como un bombo y la barriga hinchada”. Un cuerpo *bien criollo*, por lo tanto, recuperado y relleno por una comida “muy nuestra” y un texto parlamentario.

Cierre: “–Acabo de leer eso en su casa” –sugiere Rosas y, categóricamente “puso el mamotreto” en las manos de su sobrino. Veloz: Manuelita-palencue-caballo. “Eran las tres de la mañana”. Y por fin, Lucio Vé recupera su casa y a sus padres, inquietos.

Conclusión. Padre: “–¿Qué libro es ese?”. “–Es el mensaje que me ha estado leyendo mi tío”. Loco como juicio terminante, llanto materno y, sobre todo, una simetría: Rousseau/Rosas. Por mediación de dos situaciones –como lector en la primera y como escucha en la segunda– antagónicas, sin duda, pero correlativas y complementarias. Lo heterodoxo y lo restaurado. Pero, especialmente, las divisas más nítidas del conflicto civilización/barbarie al que condensan. Desde ya. Y que, a su vez, acotan y subrayan el dilema que irá atravesando los textos y el itinerario de Mansilla. Es que esa ecuación personal, al irse exasperando, resultará una definitiva constante e insoluble de su grupo social desde su apogeo en 1880, condicionado por un pacto neocolonial precariamente favorable, hasta su crisis, repliegue e inversión hacia 1919.

Un texto como trabajo de campo

“Cualesquiera que hayan sido las ignominias y aún los actos de verdadera crueldad que la Inglaterra ha cometido en la India para mantener su influencia y afirmar su poder, no puede desconocerse que vuelta al dominio de los reyes bárbaros y sanguinarios que la oprimían, la civilización retrocedería inmensamente en aquellas vastas regiones y que crímenes más espantosos que los que han estremecido a la humanidad bajo la dominación tiránica de Rosas escandalizarían al mundo”.

Bartolomé Mitre, *Los debates*, octubre 22 de 1857

“Designios” y “codiciosa” van definiendo desde la apertura la escenografía imperial por donde zizaguea el relato de Mansilla en un encuadre dramático surcado por el tono apacible correspondiente a unas *Impresiones de viaje*. Huellas leves, rápidas y prudentes que se van descifrando en el muro del poder omnipotente. Y como incluso las cicatrices de ese itinerario que se acelera deben ser de superficie, el *tourist* logra transitar

atravesando el drama presentido sin participar en él o consignando, a lo sumo, la desproporción entre una dinámica conquistadora y su prudencia administrativa.

Se trata, mirando de más cerca, de la búsqueda y formulación de la cifra que dé cuenta de la contradictoria situación de un viajero novato atraído por la imponente conquistadora y, a la vez, por el raro [ilegible] de lo arcaico. Y, en sus [ilegible], desabrido por la potencia excesiva, así como por el deterioro residual de los denotados.

De ahí que esta ambivalente neutralidad del Mansilla del 1855 (que se invertirá, hacia 1866, en sus cartas como corresponsal en la guerra del Paraguay donde, ya como militar será protagonista entre las trincheras y los pantanos) por ahora se limita a consignar los rasgos de esa contienda *oriental*. Es que su neutralismo resulta parte decisiva en la práctica inicial del dandysmo frente a lo conflictivo. Como lo exótico, situado en “comarcas lejanas”, le define el drama de los otros, de manera creciente el joven dandy puede fingirse impasible cultivando su toma de distancia.

Pero si los “dominios” y el “señorío” van corroborando el *rectángulo* que soporta la narración, y los argumentos “para obtener del débil” sean “los cañones” británicos los que alteren episódicamente la compuesta impavidez del relator, el clima se exaspera con los participantes en esa dramaturgia desigual: “Cuando los ingleses se apoderaron de Adén, ésta era la capital de un pequeño estado independiente”. La lejanía en el tiempo no podía legitimar la rareza del acontecimiento. Sudán y Somalía británica, y Honduras británica y Guayana británica también. Duro lugar común del imperialismo clásico; una colección de *enclave* en el relato historiográfico narrando “la sangre inglesa” frente a “los indómitos musulmanes”.

Conquistadores/derrotados, por consiguiente; los que detentan la iniciativa histórica en el siglo XIX y quienes se resisten a esa hegemonía. Protagonistas, en fin, nítidamente modelados y figurantes de un coro tan honorable como secundario borroneados en una homogeneidad básicamente pasiva. Frente a lo que el joven Mansilla intenta dibujar una heterogeneidad, insinuando cuál sería su lugar en una tipología más amplia y eventual. De ahí que entre esos *otros* haya “niveles y subdivisiones”: “la debilidad y la inocencia de los indios” de las orillas del Ganges o de los suburbios del Madras –por ejemplo– se diferencian de la “fanática heroicidad del mahometano”. Las derrotas no implican sumisión definitiva; una batalla perdida no es el apocalipsis. Y Mansilla puede insinuar, en recuperación, el conflicto familiar que se le prolonga implícitamente actualizándolo: Rosas –en el margen del texto como entre bambalinas– puede ser dibujado y envuelto en un turbante simbólico frente a

la “deliciosa reina de Londres” ironizada entre puntillas y sus bandós. La parodia y las deformaciones grotescas, de Caseros en adelante, le servirán hasta para exorcizar sus propias desventuras.

“Pero”, en un segundo movimiento, de *Adén a Suez*, también es la señal que, al anunciar “pueblos infieles”, marca una distancia en el interior de esas alusiones: Brigadier General /Imán. Una cosa es compartir los suburbios del mundo acaudillados por jefes análogos en sus resistencias a *la primera globalización*, y otra cosa muy diferente es colorearse con idéntica piel. Buenos Aires como resonancia –y no hay más que mirar al mapa– es un lugar periférico en las fronteras del sur tan lejano del *centro* como son límites del poder británicos las costas del Mar Rojo. Pero el “sentimiento patrio” –y es lo que importa– “no se puede confundir con el espíritu religioso”. Reciente, macizo en su carnosidad el primero; el otro, mucho más antiguo y, por extenso, difuso en su percepción. La ambivalencia de Mansilla sugiere su [evaporación] ante esa doble diferenciación: respecto de los metropolitanos prepotentes y en relación a los *infieles*. Al fin de cuentas, si no es europeo ni totalmente distinto, bien puede llegar a ser protagonista en “la claridad” de la metrópoli y, a la vez, excursionista inaugural en medio de cualquier oscuridad.

Ahí reside el doble distinguo que corrobora ese permanente vaivén: ser tomado en juego por el hijo “apetitoso” de algún maharajá en medio de las señoras de París/ ser reconocido protocolarmente como ministro plenipotenciario delante del hierático Káiser en Berlín. Los inconvenientes se le convertirán si no en ventajas, por lo menos en un rasgo de su propiedad: *argentino antiguo* por definición en una ida y vuelta constante. Sea. Y “mestizo” peculiar que, ya al final, se considerará un habitante de Buenos Aires siempre fuera de lugar.

Espejos y dicotomías

“Imagínese si he debido gozar en esta excursión [...] ¡[ilegible]!, me dije para mí, yo conozco todo esto y las tiendas patriarcales de los descendientes de Abraham no están más avanzadas que los toldos de nuestros salvajes de las pampas.”

Sarmiento, *África*, enero 2 de 1847

El rigor y la violencia imperiales finalmente se justificarán para el joven Mansilla al apostar a las “verdades evangélicas” del cristianismo que opera “en los lugares más recónditos de la tierra”. Si la política británica repugna, la religión no sólo la justificará sino que,

incluso, puede canonizarla. Las misiones condensaban sobre sí con su táctica complementaria una espiritualización de los enclaves, justificados con las “vocaciones del sacrificio” que –consumados a veces trágicamente– legitimaban nuevas puniciones ampliando las ocupaciones militares de facto. Laterales y con ciertas minusvalías esas instalaciones compensaban la violencia imperial con ciertas dosis de honorabilidad. Se trataba de “las fuerzas regeneradoras” contra las “falsas creencias” sin “principios fundamentales”, el universo del Mar Rojo que, al corroborar un *exotismo* y no “poder prolongar su existencia política”, debía “ser absorbido” por los pueblos con convicciones. De donde se podía deducir que si *lo éxotico* implicaba una debilidad que preanunciaba la muerte, el *poder imperial* consistía en depositarse encima del “noble pedestal”, de jure, fundamentado por “la sana filosofía”. Ruinas y vitalismo piadoso entonces. Porque si Dios se iba superponiendo con un “destino” inexorable que, al “estar escrito” reemplazaba a la providencia, el catecismo de Stanley y de Rhodes, en esos mismos años, eran las “Sagradas Escrituras”, las que funcionaban como proyecto, defensa y beatificación.

Y si bien el “argentino anfibio” se considera diferenciado geográfica y políticamente de lo metropolitano, en esta franja comparte su religión con el centro. “El Evangelio en medio de los salvajes más feroces” participa –aunque vicariamente– de esa emanación legitimadora. (En *Ranqueles*, con el tiempo, esta táctica [ilegible], convertirá a la pampa y a sus habitantes, en un templo donde se implora la sumisión. Los dos franciscanos acompañantes de la excursión, vocacionalmente consagran, con su misa celebrada en la toldería, la estrategia de penetración del ejército nacional).

Mansilla es un blanco matizado, un *mestizo* original, “que no se limita a la contemplación del [ilegible], sino que, en su aprendizaje va consignando unas prácticas que en 1855 [ilegible] le provocan malestar. El imperialismo inglés en la Alemania de Bismarck se llamará *Real Politik*; y hasta los pastores luteranos más conflictivos irán aprendiendo que, cooptados, servirán para bendecir las banderas prusianas en Namibia y en Tanganica. Y Mansilla, ante todo, es un cristiano. Y el cristianismo, equívocamente, será el otro universal que sostenga al capitalismo del *bourgeois conquérant*. Notorio: la cruz y la espada. Y esa comunidad de intereses culminará en el Mansilla de 1870 que lo presiente como lo más eficaz en la acción *subimperialista*, que en la división del trabajo mundial le corresponde a la Argentina de la *genteel tradition*.

“La misión del hombre blanco” –en tanto presunto humanitarismo– funciona así como universal ideológico que llegará a equiparar al viajero porteño con los *jingos* británicos. Hay matices verificables en las digresiones de

Mansilla entendidas como anacolutos de un retórico cada vez más consciente de su linaje rosista, especialmente de los símbolos que porta su padre en las barrancas de Obligado y de su posterior papel de memorioso anciano de la tribu que se niega a abdicar de su condición de ciudadano sobreviviente de “la Patria Vieja”.

Kipling, otro *mestizo*, se considerará siempre en cambio en súbdito de la reina Victoria a pesar de haber nacido en Bombay; y si recordará prolijamente su infancia en la India, tratando de rescatarla, será mediante las funciones equívocas de alguno de sus protagonistas. Sus *Siete mares* y sus *Cinco canciones* –entre 1893 y 1903– lo confirmaron como el poeta del imperialismo británico triunfante, recibiendo el premio Nobel de 1907 en su calidad de inobjetable ciudadano inglés. Y así como terminó su vida titulado miembro del Imperial War Graves Comission, siempre escribió desde el punto de vista dominante de “un blanco en medio de una posesión colonial”. Lo que quiere decir, en este caso, que *Un poco de mí mismo* coincide en su perspectiva con las *Memorias* de Mansilla. Precisamente en los años de la guerra imperial británica contra los Boers en la que Jamenson es opacado y sometido a proceso mientras Kruger se convierte en “un héroe internacional”. Kipling la exalta y Lucio Victorio la denuncia. El primero creía que Eduardo VII era el “emperador del mundo”, Mansilla maliciaba –incluso pensando en sí mismo– que era “el final de una dinastía”.

Turistas y soledad

“Todo burgués se conmueve ante
el amanecer y el ocaso”

Théophile Gautier

Aparecen modulaciones en *Adén* condicionadas por el interjuego entre los rezagos reticentes y las adhesiones modernistas: un “yo” que se va repitiendo, prescindente de la escenografía mayor a la que alude el positivismo imperial y que recupera el bosque roussonian. “Retraído”, Lucio Victorio recupera su lugar de origen; resultando más previsible, más “argentino”; es joven y va descubriendo una frontera modernizadora del imperio británico, aún es “novato” que, a solas, intercala sus aprendizajes *románticos*: “sosiego”, “meditación”, “profundo silencio”, “tranquilidad umbría”. Separado del grupo, cultiva ademanes aprendidos en Buenos Aires y en Echeverría; inquieto, se repliega apelando a sus primeras lecturas y si presiente que su “yo” es inmaduro, intenta legitimar lo que afirma echando mano de poemas clásicos con los que ansiosamente pretende

corroborarse. Sus citas trazan la comarca de “la fantasía”. Inmóvil, en silencio, volcado sobre sí mismo: recuerdos poéticos, “íntimos”, episódicos, al margen y en conjuro del ruido modernizador. Son sus reflexiones que detienen o demoran el movimiento del avance; *éxtasis* que no sólo frenan la marcha sino que corroboran un mapa más austero sin ofertas ni transacciones. “Tarde” resulta la noche cada vez más *exótica* con su “negro manto oriental” en el envés del tráfico *mercantilista*. “Pálida luna” y “disco color de plata” son, notoriamente, clichés pasatistas, pero lo nocturnal, en compensación, es un espacio cóncavo y hospitalario que lo va acogiendo (“recostado en una inmensa cama”) cuando su autobiografismo apenas si lo tiene a él mismo como espectador de sus primeros ensayos de íntima teatralidad.

Al Mansilla de 1850 no sólo lo remite al “quietismo” y a la “soledad” “solemne”, sino que, precariamente, lo rescatan del fragor del triunfalismo de los negocios ante los que cada vez más desconfía. Si lo nocturno alude al *infinito* como espacio sin límites, opuesto a las [ilegible] aduanas que como el silbato del contramaestre subrayan los controles imperiales, la espectacularidad autista de Mansilla llegará a ser irónica cuando después de leer *Vida moderna* de Eduardo Wilde mitifique la “edad de oro” de los tiempos patriarcales, antagónicos de las agresiones británicas.

En compañía, en cambio, “formábamos un grupo interesante” –va remarcando– cuyo cosmopolitismo se valida por sus códigos sin aparentes fronteras: *gentlemen* todos, “pasajeros”, propietarios, Mansilla intenta recuperar un “nos”, y su condición de “tourist” es la clave más britanizada por el acento y las maneras inglesas. Después de la conquista con cañones y regimientos, la cultura de Londres se divulga con *parties, ladies* y “niños vestidos con gracia y sencillez inglesa”; lo grupal implica, además, la marcha en la que avanza, connotada por el vapor “con sus bocanadas de humo” y el chirrido de las “ruedas” que giran a babor y a estribor. El episodio lo remite al Mark Twain contramaestre del Misisipi, “caballero” en su ropa, pero *bárbaro* en su lenguaje frente al *british* que cultivan los escritores de Boston. Y Lucio Victorio se recupera como heredero privilegiado, con entonaciones de *self made man* que precisamente a lo largo de esa ruta se está “construyendo”.

El *tourist* precariamente identificado con lo británico también invoca una categoría universalizada: despegándose de su aprendizaje romántico, el Mansilla de 1855 logra superponerse, en un arranque, con el positivismo enérgico y religioso de Saint-Simon, maestro de Lesseps. “Suez es nuestro final de recorrido”, advierte.

Por eso puede exhortar, en otra inflexión, a sus lectores de *El Plata* con un “vosotros” solícito e inesperado: la patria vieja va quedando atrás reemplazada por “las aguas agitadas del anchuroso océano”; y si el joven cronista exhibe su raid como un espectáculo *extraño*, monumental y prestigioso, “al dilatar su mirada sobre las inmensas moles de piedra”, su casa todavía se le confunde con su “madre, lejana pero sólida y entrañable”. “Allá”. Lo iniciático se le convierte mediante [vocativos] en otra arista de su introducción al dandismo entendido como exhibición de una práctica de lo distinto; mientras lo exótico, al funcionar como ingrediente decisivo en esta producción, se irá perfilando, entre interrogaciones e imperativos, en el recurso principal en la fascinación de un público en Buenos Aires: “¿Queréis tener idea perfecta de la eternidad?” –cierra en una especie de promoción provocativa– “pues id a ver entrarse el sol en el desierto”. Con un plus a su favor que reaparecerá, indulgente y despectivo, cada vez que escriba desde la barbarie a los habitantes de su ciudad. Con mayor [ilegible]: desde su nomadismo, diferenciado y prestigioso pero incompleto, en dirección a los porteños tan rutinarios como indispensables.

Paralelos como ideología

“Allí fue donde las aguas del Mar
Rojo se dividieron” [...] “al-Koran es
original en sus preceptos” [...] “poseído
de las verdades evangélicas”

De Adén a Suez

El viaje iniciático de 1850 –pretextado como imposición y rescate por decisión paterna– se ha ido convirtiendo así en un comentario donde las *impresiones* se trocan en juicios negativos y lo lineal se quiebra en contratiempos y recovecos: “La ciudad, como todas las ciudades orientales, es de una irregularidad sin igual”. El exotismo se transforma aquí en el ejido urbano antagónico al de Buenos Aires; si bien es cierto que la distancia se acorta en la miseria compartida con “calles sucias y desagradables” y “olores insoportables”. Contrapeños que operan, a la vez, como componentes decisivos en el ademán dandysta que se perfila: “Viajar a Oriente a los veinte años lo convierte a uno en diferente”, nota y concluye: “pero no es asunto fácil el hacerlo”. Distingos que intentan destacarse como empecinamiento diferenciador, pero cotidianidad abrumadora que emparenta, homogeneiza y humilla. *Qué soy* es la pregunta que se insinúa en los márgenes pero que nunca se formula. Es lo *no dicho* que corroe las entrelíneas del texto. La identidad de Mansilla terminará siendo una tensión que no

concluye en ninguna certeza. Paradigma del proyecto de su clase, morirá como un *gentleman unfinished*.

Resulta coherente, por lo tanto, que Mansilla al postularse como el protagonista del vaivén mayor, escenificado, del conflicto entre civilización y barbarie, desde Caseros hasta el segundo gobierno de Roca, irá convirtiendo al máximo conflicto del siglo XIX en su soporte autobiográfico más reiterado. Aunque su manera de decir “yo” en 1850, en *Ranqueles* se vaya convirtiendo en una polifonía perfeccionada a través de las *Causeyries* de los '80, que desemboca finalmente en el monotema desolado de las *Memorias* de 1904.

El momento decisivo en semejante circuito es aquel en que los particulares africanos revalidan el exotismo: “infinitas embarcaciones” como lo contrario de las precisiones científicas de las estadísticas. Si la naturaleza es extraña e innumerable, los “salvajes parecían monstruos marinos”; y si Lucio Victorio da limosna o propina siempre implica un ademán que sitúa al *tourist* en un plano superior: “se concede”, “se arroja”, “se deja caer” o “se tira”. Si Mansilla incurre en el despilfarro, fugazmente se siente espléndido, magnánimo y, una vez más, cómplice con el público porteño: no “seres de nuestra especie”, le informa. Y si el dador supone que distribuye “regalos” o *yapas*, quienes reciben esas dádivas las sienten como un salario o como el pago de deudas postergadas.

“Enjambres de negros” –continúa el relator– “un reñido combate entre ellos”, “esos”, “ahí”. Porque a la multitud, para entenderla y para que los lectores del *Adén* “se hagan una idea”, hay que empezar a traducirla con *notas al pie* (más extensas y como antecedentes de los vocabularios finales de las novelas regionalistas), ya se insinúa el recurso predominante en *Ranqueles*. Es que hay un denominador común: los “negros” de Adén son tan “pedigüeños” como los indios de Mariano Rosas, y las carencias reales –en ambos escenarios– se tornaban juicios de valor.

Como a esas dos comunidades hay que traducirlas, esa traslación se transforma en una copia que las disminuye. Traducir del francés o del inglés para Mansilla es un privilegio que disminuye o atenúa su [ilegible]; convertirse en lenguaraz en el mejor de los casos no va más allá de una máscara de [ilegible] episódica y pintoresca de un teatro clandestino. Es el *décalage* que él mismo señala en una de sus especialidades: el [ilegible] aún en la franja femenina más entrañable que se produce entre la china Carmen y Catherine [Necrasef]: la [ilegible] confidencial, abandonarse casi sin palabras; la persecución tan fascinante como escurridiza, entre provocaciones, juegos y retruécanos. Mi esclava, es de mi tierra; mi deseada [ilegible] de París.

Somalees –explica Mansilla– “casta de negros africanos que viene a buscar trabajo a Adén”; *Borish*: “voz que significa limosna, usada en toda la India, Arabia, Egipto y Turquía”, traduce; *Bab-el-Mandeb*: “Puerta de luto”. En *Adén* mediante el inicio de este procedimiento, Mansilla va inaugurando su práctica definitiva del lugar que se acordará en la dramática argentina: “un lenguaraz” que permanentemente oscila sobre los límites; un Juan Sin Tierra que confiesa su envidia al Dardo Rocha fundador; un blandengue que organiza abigeatos. Que llegará a balancearse, marginado pero jubiloso episódicamente al filo de la divisoria de lenguas y mercancías, entre *la frontera y el contrabando*. Legalidad tajante, en consecuencia, inmediatez porosa. El límite teóricamente enuncia separaciones; y en lo cotidiano, en cambio verificará intercambios y mestizajes. Desde otra perspectiva, su práctica contextualizada en *Adén* y proyectada sobre su figura total: como vaso comunicante entre el protagonista-conquistador y las topografías anexadas.

Mansilla y Sarmiento: proyectos y aprendizajes

“Debo a la oficiosa generosidad de M. de Lesseps haber sido presentado al mariscal Bugeaud, el primer guerrero en actividad que tiene hoy la Europa [...] El mariscal comprendió muy bien que los franceses parodiarían a los gauchos árabes, y que para vencer a un pueblo bárbaro es preciso conservarse civilizado, esto es, adaptar a las localidades los medios de guerra que la ciencia de los pueblos cultos han desenvuelto”.

F. Sarmiento, *Viajes: África*, 1847

“Hay también buenos cañones que dominan desde su altura, una gran extensión del mar y del desierto. Hay en Adén dos regimientos, uno de Europeos y otro de indijenas, y se cree que es inespugnable”.

L. V. Mansilla, *De Adén a Suez*, 1855

No había evidenciado tantas oscilaciones Sarmiento en su precursora versión de Oriente y mucho menos tensiones en la andadura narrativa. Así como en sus *Recuerdos de provincia* (superpuesto por su aparición con las mutaciones provocadas por la caída de Rosas y con las de *Adén a Suez*), se enterneció publicitariamente con su dura infancia sanjuanina, mientras Mansilla recuperará su protegida niñez urbana en las *Memorias*. El paralelo se insinúa como una tentación

plutarquiiana tan dramática como fecunda y seductora: los dos egotistas mayores del siglo XIX argentino en una extensa polémica que, al no prolongarse en pistolas, se convierte en la dialéctica entre dos generaciones que después de [Caseros] se atraen superponiéndose y distanciándose hasta la caricatura, el espionaje recíproco, las complicidades o las injurias. La gran acumulación de un pobre de provincias/ el incontenible despilfarro del heredero de la gran empresa saladerista. Sarmiento siempre anotará sus gastos en sus diarios de viaje; Mansilla, reiteradamente, perderá sus anotaciones con las fechas de vencimientos. El prolijo *maestro*, “exitoso” al fin, logrará tras su muerte una colección de monumentos; el señorito padecerá embargos sucesivos y hasta el remate de su casa. Diferencias y parecidos “como tientos separados de una misma lonja”; la sombra de Rosas que a Sarmiento lo enardece, ocupa y justifica, y que al “sobrino díscolo” lo obsede hasta en sus intentos por entenderlo globalmente para poder justificarlo justificándose.

Un ímpetu frontal y maniqueo –vistas en perspectiva–, [ilegible] un ademán ecléctico, socarrón y ondulante. “Un sordo sin remisión de los oídos y un fingido miope del ojo derecho”. Un par de itinerarios muy próximos y entreverados –insisto– con querellas, insolencias y agravios mutuos y exaltaciones y, también, en algunos reencuentros episódicos pero intensos.

Sarmiento en su interpretación del *orientalismo*, situado en la Argelia de 1847, estaba condicionado por su previo programa de viaje diseñado en el Chile conservador del general Bulnes y del ministro Montt; y si ese capítulo de sus *Viajes* aparece visiblemente escrito con las urgencias de su pedagogismo utilitario, su escritura *à battons rompus* –como él mismo advierte–, tiene como único destinatario a Juan Thompson, exiliado melancólico y personaje, especialmente distinto del típico público porteño de *El Plata* (“blanqueándose” después de 1852 al liberarse del “tirano prófugo”), al que se dirigía Mansilla. Seducciones oportunistas y retóricas del joven Lucio Victorio, entonces, pedagogismo sarmientino adulto para convencer a un convencido.

Resultan obvias, además, las diferencias cronológicas que se abren entre el año '47 y el '55 –paneles simétricos de introducción y comentario al núcleo de Caseros–, como los desniveles políticos y sociales que media entre un opositor acérrimo, programador sistemático y “modernista”, financiado burocráticamente, y un privilegiado príncipe del linaje gobernante cuyo viaje *turístico* exhibe como apoyatura económica la primitiva industria de la carne.

Son los espacios que suelen ahondarse entre un libro de opiniones categóricas y de búsquedas obstinadas, y una vacilante colección de *impresiones*, al pasar del proyecto agresivo de un “ciudadano” que se pretende respetable, y los cautelosos reconocimientos de un aprendiz “muchachón” que navega a lo largo del Mar Rojo. Es el espacio que se abre entre un *expatriado* que, día a día, apuesta a su futura participación en la dirigencia [ilegible], y un “desterritorializado” que, por ahora, se limita a recuperar un pasado doméstico “extrañando” por las [ilegible] a su regreso. “Terrestre” resulta la óptica de Sarmiento; predominantemente “acuática” es la mirada de Mansilla. Se trata de un profesional que reduce el aventurerismo burgués a su mínima expresión marcándose escrupulosamente a sí mismo los ritmos de su trabajo; Mansilla es un *amateur* que al derrochar sus horarios y su herencia, ya suele exaltarse consigo mismo al dejarse atribuir la condescendiente categoría de *diletante*. De ahí que la cabalgata árabe-criolla del sanjuanino a través de los magrebíes se convierta en la insignia de sus trabajos minuciosamente protocolizados, mientras la divisa mansillesca, por su mirada y las distancias marcadas, divague entre costas, atardeceres y murallas.

Pero tanto los *Viajes* como *De Adén a Suez*, además de la posibilidad de que sean encuadrados en un registro análogo, representan las producciones de los dos autobiógrafos más representativos de la literatura argentina. Si hacia 1850 Balzac y Sue son los referentes respectivos coyunturales, en décadas posteriores serán Spencer y Barrès. Monumentalismos articulados o dandismos y episodios.

Incluso, la insinuada actitud discipular de Mansilla alude en sus “ocupaciones” de iniciación no sólo a la referencialidad (y a ciertas disimuladas competencias), sino también al despliegue de un yoísmo que si, en el texto sarmientino, es exhibido de manera espectacular, en el mansillesco aparece aún vacilante y episódico. En *Adén* ese rasgo se comprueba en el deslizamiento del yo solitario, recogido y “fantasioso”, hacia la pluralidad del grupo turístico; a solas se repliega, “inseguro”, y como practicando su actuación posterior. El lugar del escenario preferido por Sarmiento ya es la franja del proscenio; lo predominante en el *Adén* son aún los laterales: la teatralidad de Lucio Victorio se demora entre bambalinas envidiando y encayándose.

En cuanto a las dos figuras en reflejo y en oposición, ambos serán parlamentarios; pero si Rastignac no vacila en comprobarse frente a la espectacularidad de la plaza pública, “el Brummel de los pobres”, prescindiendo de semejante vehemencia central preferirá,

momentáneamente, las corroboraciones más íntimas y ambiguas que le devuelve un espejo de mano.

Plutarquiana

“El joven Lucio Mansilla, muy estimable,
muy bien educado la [ilegible] y Egipto”

Sarmiento, *Campaña*, 1853

El paralelismo de Mansilla y Sarmiento resultará así cada vez más ineludible, una suerte de tópico: hay dos madres monumentales, copiosamente comentadas, reverenciadas “hasta la idolatría”, Paula y Agustina, portando respectivamente los emblemas de la higuera doméstica y de un hermano mayor “muy amado”. Pero son los respectivos hijos de nuestro par de figuras especulares (en cóncavo y en convexo), Dominguito y María Luisa quienes irán corroborando alternadamente duelos, denegaciones violentas y embanderamientos coyunturales. Algo presienten, de viejos, los dos personajes: sus genealogías copiosas hacia atrás –con predominio, recíproco y ejemplar, de canónigos o de terratenientes–, hacia el futuro se mutilan, desaparecen: sus dos hijos excepcionales excepcionales carecen de herederos pese a ciertas prolongaciones apócrifas o prescindibles, hasta en la reivindicatoria duplicación de los apellidos, ya en la etapa final de la *gentry*, donde un solo apellido, duro y representativo, se prolongará en un doblaje como presunto prestigio, énfasis y garantía.

Un par de *burgueses conquistadores* en lo esencial, aunque Sarmiento llegue a definirse por el predominio de lo lineal y de la frontalidad, así como Mansilla por sus variantes, digresiones y circularidades. Es posible

generalizar: las entonaciones perentorias de Sarmiento esbozan la “fijación” e, incluso, las convicciones y hasta el dogmatismo de la generación opositora al rosismo, de cuyo criticismo exiliado más duro el sanjuanino se transforma en deliberado emergente; Mansilla, el escritor paradigmático del '80 se irá trocando en el modelo generacional porque desconfía, escéptico, de la *transparencia* relativizando lo categórico de sus fronteras.

El voluntarioso taumaturgo postulará en uno de sus excesos el urbanismo total de *Argirópolis*; [desencantado] por el catastro aritmético de La Plata, Lucio Victorio, vecino imaginario, se desquitará caracoleando entre su enmarañada parroquia de San Carlos. Diferencias que no obstan para que los dos –como *rey pelado* o como “bufón chivato”– hagan cabriolas al frente de las “[ilegible]” porteñas diagramadas por *El mosquito*.

Orientales, musulmanes, porteños, indios y gauchos aparecen con sus comunes denominadores en ambos itinerarios. La pertenencia a una misma clase, más que por su origen y nivel, se verifica por los odios que cultiva. “Entre los europeos y los árabes en el África, no hay ahora ni nunca habrá amalgama ni asimilación posible” –escribe Sarmiento de manera tajante–; “amo demasiado a la civilización para no desear desde ahora el triunfo definitivo en África de los pueblos civilizados”. Sobreactuación compensatoria/ Indulgencia elocutiva. Porque Mansilla, al tener que soportar, ineludible y permanentemente, la figura de su “gran tío”, jamás pudo ser tan categórico. No traicionar a su linaje –sobre todo por el obsesivo recuerdo de la Vuelta de Obligado– y su afán en ser aceptado por los representantes de la tradición unitaria fueron las cicatrices que lo signaron a lo largo de su extensa colección de vaivenes. [...]

